

¡Piénsatelo! (13)

"Los buenos suben al cielo; y los malos bajan al infierno." Bueno, eso era lo que mucha gente creía en el pasado, aunque no fuera exactamente con esas palabras. Ahora, en cambio, cada vez menos personas asentarían a una afirmación así, y eso por varias razones: (1) porque ya no se cree en el infierno; (2) porque muchos tampoco creen en el cielo – al menos no en el cielo tradicional; (3) porque en el actual mundo relativista no es tan fácil identificar a "los buenos" o a "los malos" para poder especular sobre la suerte post mortem de unos o de otros; y (4) porque se han trasladado el cielo y el infierno a esta vida, aquí y ahora – esto, y no algún tipo de existencia de ultratumba, es, para algunos, "el cielo", y, para otros, "el infierno".

Ahora, pese a estos radicales cambios socio-religiosos, lo que sí sigue gozando de perenne popularidad es el concepto del mérito, la idea de que recibiremos, tarde o temprano, lo que nos merezcamos. Incluso dentro del ámbito de la cristiandad es muy común la idea, aunque esté por debajo del nivel de lo consciente, de que todos nuestros hechos serán un día pesados en la infalible balanza del universo, y, según caiga la balanza, así será la sentencia, en un sentido o en el otro. (¡Y el 99% de la gente no tiene ninguna duda de que la caída de la balanza en su caso en particular será favorable!)

Sin embargo, la buena noticia que resume el mensaje cristiano nos dice todo lo contrario: que la balanza de la justicia, estrictamente hablando, nos condenaría a todos, aunque fuera a algunos más que a otros; que nadie se salva por sus méritos, sino que todos los que se salvan se salvan a pesar de su demérito; que el factor determinante en la salvación no es el mérito humano, sino la gracia divina; y que lo que nos salva no es algo nuestro en absoluto, sino algo totalmente fuera de nosotros mismos: el Salvador, el Señor Jesucristo.

A modo de ejemplo de este mensaje, unas contundentes palabras del inspirado apóstol Pablo: "Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia" (Carta a los Romanos 4:5). Estas palabras chocan frontalmente que la idea de una salvación basada en el mérito humano: (1) dicen que las personas que se salvan son las que no obran – o sea, las que no tienen buenas obras que presentar a su favor; (2) dicen que a quien Dios "justifica" – o sea, absuelve, perdona y acepta – no es al "bueno", sino al "impío"; (3) y dicen que la única característica necesaria para poder ser salvo y entrar en el cielo no son los (supuestos) méritos de uno mismo, sino más bien la fe sincera en los méritos de Cristo y en la misericordia divina. Según las cuentas de Dios, no existe ninguna balanza en la que sean pesados los pros y los contras de nadie; solo hay dos clases de personas: impíos incrédulos e impíos creyentes, y la fe de estos les "es contada por justicia" – son "justificados" sin buenas obras propias, solo por confiar en la buena obra del Salvador.

Vuelve a leer las palabras del apóstol Pablo, y pregúntate dónde te colocan a ti con respecto a Dios: "Al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia."